

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

Preludio interior

A SILVIO REBELLO

Yo en un edén de amores quiméricos vivía,
cuando con su lenguaje tentador y elocuente,
enroscada en el árbol, me indujo la serpiente
a morder las manzanas de la sabiduría.

Fuí esclavo de la tierra. Su liviana armonía
dió a mis lascivos cantos la maliciosa fuente,
y en los surcos estériles malogré la simiente
de todo lo que dentro de mi sér florecía!

Huiré solo, al desierto. Viviré en mi caverna,
a los pies de mi alma, la atormentada eterna;
y mientras ella, dócil, mi negra historia olvida,

yo encerraré en un libro los recuerdos dispersos,
y en vez de unir mi vida al ritmo de mis versos,
ajustaré mis versos al ritmo de mi vida!

El alto de los bohemios

A ANTONIO MACHADO

La lámpara esparce sus tenues fulgores;
y ágil y nerviosa, tú pálida mano,
un canto, que evoca remotos amores,
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda a la aurora;
surgen los preludios de la serenata;
vuelan hojas secas, y una fuente llora,
monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquílas, ladran los lebreles;
a fiesta convoca la alegre campana;
y entre panderetas y entre cascabeles,
se acercan las músicas de una caravana...

¡Adustos bohemios, reyes andrajosos,
que cruzáis del mundo los vastos confines,

siempre pensativos, tristes y ojerosos,
sollozando amores en vuestros violines...

¡Parad un instante bajo mi ventana
y con vuestros cantos calmad mi amargura,
que quiero mostrarte mi mano, gitana,
para que me digas la buenaventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,
barbas desgñadas, ojos asesinos!...
¡Vuestro último canto se llevan los vientos
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina,
que hoy gimes amores bajo mi ventana!...
Dime, eco ligero, fugaz golondrina:
—¿Bajo qué balcones gemirás mañana?...

¿Dónde va inquieta y hábil tañedora
de un arpa que vibra doliente en mi reja?...
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,
y que con el eco de tu voz se aleja!

¡Cabellos de oro, perfil vacilante,
labios enfermizos, grandes ojos claros
donde mi esperanza contemplé un instante,
¿junto a qué camino volveré a encontraros?...

La música errante se va lentamente
como los rumores de una serenata,
y sólo se escucha la voz de la fuente
que muere en un hilo de trémula plata!

La sombra de las manos

A RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar!...

¡Vuelve a suspirar amores
en las teclas olvidadas!...

¡Oh, piadosa mano mística!...
Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos; peinaste
las guedejas desgredadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;
y en las fiestas de la carne,
como una azucena, pálida,
quedaste en brazos de un beso
de placer extenuada!...

¡Oh, manos arrepentidas!...
¡Oh, manos atormentadas!...

En vosotras han ardido
los carbones de la Gracia..

En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda;
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas,
y entreabrieron los rubíes
sus pupilas escarlata!

Junto al tálamo florido,
en la noche epitalámica,
temblorosas desatasteis
de una virgen las sandalias.

¡Oh, mano exangüe, dormida
entre flores funerarias!...

Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,

envejecen en las sombras
de la aldea solitaria!...

En la argéntea rueca, donde
áureos ensueños hilabas,
hoy melancólicas tejen
sus tristezas las arañas!

Abierto, te espera, el clave;
y sus teclas empolvadas
aun de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan!

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas,
con la cabeza escondida
bajo el candor de las alas...

Sobre la tumba, el poeta
inclina la frente pálida;
y sus pupilas vidriosas
en el fondo de la caja,
aun abiertas permanecen,
esperando tu llegada!

¡Blancas sombras, blancas sombras
de aquellas manos tan blancas,
que en las sendas florecidas
de mi juventud lozana,
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma!...
¿Por qué oprimís en la noche
como un dogal mi garganta?

¡Blancas manos!... Azucenas
por mis manos deshojadas...

¿Por qué vuestras finas uñas
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas,
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

El jardín de los besos

Ya no cruzamos el jardín sombrío
por la estrecha avenida solitaria...

El cruel vampiro del Otoño absorbe
la sangre de las rosas deshojadas;
y en el fondo del parque, resbalando,
como caricias de sutiles alas,
el eco moribundo de tus besos
nuestros amores imposibles canta!

Y es tan doliente la canción, que el aire
tiembla medroso entre las mustias ramas;
las lechuzas, pupilas de la noche,
esconden la cabeza bajo el ala,
y la Luna, amarilla y temblorosa,
resbala en el azul como una lágrima!

¡Oh, tus alegres besos!... Han reído
en la nupcial alcoba solitaria,

en las augustas bóvedas del templo
y en los sangrientos campos de batalla!

¡Oh, tus piadosos besos!... Se han posado
en el seno de todas las desgracias,
en los labios de todas las heridas
y en la frente de todas las nostalgias!

¡Oh, la divina música armoniosa
de tus besos! Gorjea entre las ramas
del limonero en flor; lanza en la fuente
su penacho de frescas carcajadas;
como enjambre de risas aletea
en el rosal que alegra tu ventana;
duerme en el arco del violín; suspira
en la errante y nocturna serenata,
y en las blancas cortinas de mi lecho,
con perezosa lentitud resbala,
como rumor de encajes que se aleja
y en las alfombras del salón se apaga!...

La Luna muere en el azul... La brisa
se duerme temerosa entre las ramas;
y sólo turban el silencio fúnebre
de la obscura avenida solitaria,
los temblores del musgo, donde late
el misterioso corazón del agua!

La bella durmiente

A NILO FABRA

Siento en sueños que acerca a mi oído
el temblor de sus labios un Hada,
y me anuncia el paraje escondido
donde espera, el Amor, mi llegada.

Allí reina ideal Primavera;
es el viejo país encantado
donde el solo monarca que impera
es un mago de manto estrellado!

Hay palacios de oro y diamantes,
y jardines en flor fabulosos,
que custodian dragones rampantes
y vigilan enanos celosos!

Entre flores de raras esencias
silba el mirlo sus risas triunfales,

y se apagan lejanas cadencias
y alaridos de pavos reales!

Y en el fondo del parque, arrullada
por el claro cristal de la fuente,
con la rueca a los pies olvidada,
duerme y sueña mi Bella-Durmiente!

Duerme y sueña feliz, cual si una
boca amante sus labios besara...
¡Se ha dormido el fulgor de la Luna
en la hostia de luz de su cara!

¿Quién hará, blanco lirio encantado,
que tu vida al amor se despierte?...
¿Será el beso nupcial del amado,
o el abrazo feroz de la muerte?

¿Quién tuviera la forma gallarda
de aquel héroe del lírico canto,
para ahogar al dragón que te guarda,
y romper, con mis besos, tu encanto!

Ríe el tiempo en su máscara loca;
y al arrullo fugaz de la fuente,
con la risa temblando en la boca,
duerme y sueña mi Bella-Durmiente!

Flor del camino

El agua de tu ánfora, bella Samaritana,
bajo las tres palmeras del pozo me ofreciste.
Ardía el sol, cantaban las cigarras, y triste
perdíase a lo lejos la errante caravana.

Te pregunté quién eras. Y sonriendo ufana:
—¿Qué te importa mi nombre?... Soy el Amor—dijiste...
Y entre nubes de polvo, cantando, te perdiste,
por las áridas sendas de la ciudad lejana.

Siempre que mi sed sacio, si gozo, es porque creo
que el agua de tus ánforas apaga mi deseo...
¡Oh, tú la más piadosa de las consoladoras!...

¿Quién eres?... ¿Dónde fuiste?... De tu imagen bendita
sólo el recuerdo guardo, como una flor marchita,
entre las viejas páginas de este libro de Horas!

Perfume antiguo

Abrí con mano perezosa y trémula
el viejo estuche de oxidada plata,
y una esencia sutil de flores mustias
derramó sus perfumes por la estancia.

El otoñal crepúsculo bruñía
las nobles armaduras; arrancaba
relámpagos de sangre a los damascos;
temblaba en el cristal de las arañas,
y un incendio de púrpura fingía
en las antiguas lunas venecianas!

¡Tristeza de salones seculares!...
El viejo terciopelo tiene alma,
y al ondular se queja, recordando
historias y canciones olvidadas.

Sangran oro las pálidas molduras.
Crujen las sedas de los muebles... Hablan
de lejanos recuerdos; se refieren
sus últimos amores, en voz baja...

Y la leve patina de los siglos
con un temblor de lágrimas empaña,
los antiguos espejos que semejan
verdes lagunas de dormidas aguas...

¡Oh, quimera imposible de mis sueños,
visión alucinante, visión blanca,
que desde el fondo obscuro de ese cuadro
me ofreces un amor sin esperanza!...

¡Oh, busto de marfil, donde la Muerte
borró los tonos de la Vida!... Grana
de los labios risueños, rosas frescas
de las dulces mejillas, esmeraldas
de los ojos ambiguos... ¡Todo ha muerto!...

¡Sólo el tiempo dejó la nota blanca!...
Nota blanca que turba solamente
el fulgor de un rubí, que entre las pálidas
camelias de tus manos, rojo imita
una gota de sangre coagulada!

Tarantela

A ANTONIO MARÍ

A las tímidas caricias
de una mano fina y pálida,
de una mano moribunda, que parece la de Cristo
de la cruz desenclavada,
en las teclas del harmonium despertaron, sollozantes,
de la antigua tarantela, las cadencias olvidadas.

Y al compás de los acordes de la vieja melodía,
de sus lóbregos telares descendieron las arañas;
y en los altos campanarios salmodiaron al crepúsculo
con sus bronces sepulcrales, las fatídicas campanas!

Las arañas son amigas de las ruinas. El cansancio
de sus lánguidas pupilas se refleja en la mirada;
y al andar, sus tardos pasos, tristes copian el desfile
de la errante caravana,

que soñando con las húmedas cisternas,
cruza, lenta y fatigosa, las llanuras solitarias!

Oh, poetas, tejedores silenciosos,
melancólicas arañas,
¡que en la red de vuestros versos
se entremezclan prisioneros
todos los sueños que cruzan el azul de nuestras almas!

¡Cantad lo móvil, lo errante,
lo que fugitivo pasa!...

¡Mejillas que enrojecieron
al chocar nuestras miradas;
ojo que de paso vimos
brillar tras una ventana!...

Fugitivas vibraciones, pasajeras melodías
de cantares y de besos y de músicas lejanas
que a la vuelta de un camino se perdieron para siempre
entre el eco de las fuentes y el murmullo de las ramas...
¿Dónde fueron vuestras notas?... ¿Bajo qué balcón florido
entonais ahora, bohemios, vuestra errante serenata?

Triste canción, que una noche
de luna, gimiendo plácida,
detuvo mi paso errante
junto a una reja entornada!...
¡Vuelve a turbar el reposo
de las calles solitarias!

Rojos violines de zíngaros
que evocasteis mis nostalgias
en aquella alegre tarde
de recuerdos y esperanzas...
¡Volved a gemir amores
debajo de mi ventana!

¡Oh, voz piadosa, voz trémula,
voz de cristal y de lágrimas!...
¿Por qué no alegran tus risas
el silencio de mi alma?

La blanca mano de Cristo desaparece en la sombra;
el harmonium gime, y calla;
y entre el oro del crepúsculo, una pálida bohemia
debajo de mis balcones, cantando y bailando pasa,
y se pierde, con el lírico sollozar de los violines
a lo largo del sendero que perfuman las acacias!

En el aire hay un sonoro florecer de golondrinas;
y a compás del argentino repicar de las campanas,
en los blancos cortinajes de mi lecho solitario
—blando nido que deshizo el furor de la borrasca—
un poema de caricias y de amores fugitivos
en sus redes de oro tejen, temblorosas las arañas!

Paisaje

A RAMÓN SÁNCHEZ DÍAZ

Un sol de plomo y púrpura incendia el firmamento...
 El supremo cansancio... La llama infinita...
 En un sopor de fiebre la atmósfera dormita
 y jadeante abrasa de la tierra el aliento!

¡Todo polvo!... Se duerme aletargado el viento...
 Ni un pájaro gorjea, ni una rama se agita...
 La nota agria y aguda de la cruz de una ermita
 perturba del paisaje el tono amarillento.

Sólo alguna cigüeña, proyecta en la llanura
 su móvil sombra rápida... Entre el polvo chispean
 la punta de la lanza y el yelmo de Mambrino,

del ingenioso hidalgo de la Triste Figura;
 y allá, lejos, cual brazos de un gigante, voltean
 con lenta pesadumbre, las aspas de un molino!

Octubre

A JOSÉ RIQUELME FLORES

Sólo un mirlo, burlón, silba en la copa
 de un álamo que, ténue, mece el viento.
 De pronto, una canción dulce y lejana
 turba de las campiñas el silencio...

Son los vendimiadores. Ellas, rojas,
 de pámpanos ceñidos los cabellos,
 y temblando en las redes del corpiño
 las cándidas palomas de los senos
 vienen cantando el himno del Otoño,
 con los brazos en alto, sosteniendo
 sobre sus frentes por el sol tostadas,
 con gracia de caníforas, en cestos
 de mimbre, los racimos donde hierve
 la divina embriaguez del vino nuevo.
 Ellos detrás, alegres y danzantes,

Mis mejores poesías.—11